PUNTOS CARDINALES

Embajadas españolas? Porque después de la experiencia de Guatemala, se sabe que ningún otro régimen patrocinará o dirigirá un asalto a una Embajada española, que puede traerle resultados negativos. Pero también, y así lo han expresado los ocupantes de El Salvador y de Lima, España ofrece "un modelo de democracia" y la posibilidad del paso de un régimen dictatorial a otro de Parlamento y partidos. Quizá, también, por una antigua adherencia histórica que hace suponer que la madre España ampara a los desposeídos, con la fuerza de la Corona frente al abuso de los feudales...

Giap: un mito arrinconado

UN relevo de mandos en Vietnam ha hecho desaparecer en gran parte la vieja guardia de los tiempos heroicos: entre ellos se ha ido al retiro el general Vo Nguyen Giap, un auténtico mito; para él se acuñaron los títulos de "primer resistente de Vietnam" y "héroe de Dien Bien Fu", porque fue su estrategia militar la que ganó la famosa batalla que significó la derrota de los franceses y el principio de la independencia, que poco después habría que disputar de nuevo en el Sur, frente a los Estados Unidos.

Giap, nacido en 1912, conoció las primeras luchas colonialistas a los catorce años; la primera cárcel, a los dieciocho. Se inscribió en el Partido Comunista indochino y obtuvo el doctorado en Derecho en 1937. Exiliado en China durante la segunda guerra mundial, allí transformó su nacionalismo en odio antifrancés cuando recibió la noticia de que su esposa y su hermana habían muerto en la cárcel. Su instrucción militar se la dieron los americanos, en el campamento de Tsin Tsi; le sirvió para formar las primeras guerrillas del Frente de Independencia de Vietnam (Vietminh). Guerrillas que combatían al mismo tiempo a los japoneses —ocupantes del territorio— y los franceses. En el exilio chino había conocido a Ho Chi Minh; con él fundó el primer Gobierno provisional de Vietnam del Norte, que hubiera debido instalarse en el poder tras la derrota de los japoneses: su primera intención fue la de una negociación con Francia que garantizara la independencia de su país mediante una colaboración mutua. No fue escuchado, y en 1947 comenzó la guerra, que terminaría con la victoria de Dien Bien Fu.

Comandante supremo del Ejército, su puesto gubernamental era el segundo, después de Ho Chi Minh. Pero dentro del partido había dos tendencias: Giap pertenecía a la prosoviética y, probablemente, la adhesión del Ejército en pleno determinó la derrota de la tendencia prochina.

Su actuación en la guerra contra los Estados Unidos fue más bien invisible, puesto que Vietnam del Norte no intervenía oficialmente en la contienda. Muerto Ho Chi Minh, unificado el Vietnam, Giap ha tenido una participación decisiva en las acciones que tendían a la unificación de Indochina.

A los sesenta y ocho años tenía toda la entereza para continuar al frente del Ejército y de la pololítica. Su relevo se considera como una indicación de cambio de política en Vietnam: quizá un intento de suprimir del mando a los conocidos como enemigos temperamentales de China. ■

El general Vo Nguyen Giap.

EL RIESGO DE OTRA "SANTA ALIANZA"

EDUARDO HARO TECGLEN

CUANDO Francia tuvo su bomba nuclear y los vectores capaces de transportarla hacia un hipotético enemigo, le dio una filosofía. Se sabía que sus armas no alcanzarían nunca en capacidad y en número a las de los otros países nucleares, pero sí podrían disuadir a éstos de atacar a Francia por miedo a que la represalia francesa les causara daños irreparables: por lo tanto, el arma nuclear francesa se llamaría de **disuasión**. El Estado Mayor consultó a los cerebros electrónicos cuál podría ser el punto de mira más adecuado para sus misiles con objeto de realizar mejor la disuasión, y recibió una respuesta sorprendente: debían apuntar a los Estados Unidos. De ahí nació la doctrina de defensa **tous azimuts**. Acimut, la vieja palabra de los astrónomos árabes, indica el ángulo que, con el meridiano, forma el círculo vertical que pasa por un punto de la esfera celeste o del globo terráqueo. En claro, lo que la filosofía de defensa **tous azimuts** significaba era que los proyectiles nucleares franceses debían apuntar en todas las direcciones para asegurar la defensa. Mezclado con ideas históricas de grandeza, de independencia nacional, de desconfianza global, con todo ello se formó la doctrina De Gaulle: respondía enteramente al general-Presidente. Desde 1958, De Gaulle emitía la idea de que "la defensa de Francia ha de ser francesa", siempre que Francia guardase "su voluntad, su rostro y su ejército". El tema se fue desarrollando con el tiempo. En 1966, el general De Gaulle, sin perder su literatura, enunció una formulación política: "la decisión de restablecer una situación normal de soberanía en la cual lo que es francés, en cuanto a suelo, cielo, mar y fuerza, no dependa más que de las solas autoridades francesas". Con ello estaba expulsando de su territorio a la OTAN y separándose de ella. Francia continuaría dentro del Pacto Atlántico, pero no de su organización militar. Las razones concretas que daban eran tres: los países del Este no constituían ya una amenaza, el desarrollo de las armas nucleares en la URSS eran de tal magnitud que convertían en "indeterminadas las decisiones de los americanos en cuanto al empleo eventual de sus bombas", y la tercera, la de que Francia no podía correr el riesgo de ser arrastrada por los Estados Unidos a "conflictos en los que América se compromete en otras partes del mundo, como anteayer en Corea, ayer en Cuba, hoy en Vietnam".

Al general De Gaulle le quedaban, entonces, poco más de dos años de vida política. Pero la doctrina ha permanecido dentro de lo posible: la presión de los Estados Unidos y su capacidad económica es demasiado fuerte. Si De Gaulle hubiese sido capaz de profetizar, hubiera añadido al final de su frase: "... y mañana en Afganistán, en el golfo Pérsico, en el Irán, en Jordania". Son los nombres de hoy. Giscard puede colocarlos fácilmente al final de su decisión de no participar en la reunión convocada por Washington para los días 20 y 21 en Bonn. Esta conferencia, en la que con Francia y con Alemania Federal deberían participar Italia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá y Japón, está programada para el mismo día y para la fecha siguiente a la fijada por Carter como ultimátum a la URSS para que retire sus fuerzas de Afganistán. La coincidencia cronológica estaba buscada para que, al permanecer todavía las tropas soviéticas en el país ocupado por ellas, la nueva Santa Alianza hubiera tenido que tomar inmediatamente una decisión de sanciones y, probablemente, unas medidas de reforzamiento militar en armas y hombres. Todo ello pesaría gravemente sobre los presupuestos de las naciones comprometidas tan-

to por el costo del rearme como por las posibles anulaciones de acuerdos comerciales, públicos o privados, entre cada uno de los países y la Unión Soviética y los países del Este. Al mismo tiempo, reduciría la soberanía o la independencia de cada Estado: la dirección, en un tiempo de dificultades, correspondería enteramente a Estados Unidos. Y, lo que es más, fuera de las alianzas organizadas. Francia, que no está presente en la OTAN, se vería así envuelta por ese camino extraordinario. Está claro que la selección de países invitados responde a muchas cosas. Por ejemplo, a una conjunción de naciones grandes y poderosas que forzosamente arrastrarían en su decisión a las pequeñas, sin voz ni voto, fuera de sus intereses. Y también, como queda dicho, a una OTAN de fuera de la OTAN, para recoger a Francia y mezclarla con países fuera del área europea, como Canadá y Japón.

La negativa de Francia a participar en la conferencia de Bonn la ha desbaratado enteramente. Las razones han sido brevemente comentadas por Giscard y por Raymond Barre: el uno ha hecho saber que Francia está dispuesta a participar en todo aquello que reduzca la tensión internacional, pero en nada que pueda aumentarla, y no trata de fomentar "una política de bloques", y el presidente del Consejo ha explicado que "Francia no desea contribuir, por su parte, por medio de actitudes excesivas, al despertar de la guerra fría". El cuerpo doctrinal establecido por De Gaulle, hace entre quince y veinte años, ha funcionado. Mientras, simultáneamente, advertía Giscard del refuerzo militar francés: nuevos misiles, nuevos submarinos atómicos, nuevos aviones de combate para sustituir a los clásicos Mirage IV. Entiende Francia que su soberanía militar tiene unas zonas y, como se ha visto, incluye en ellas a Túnez, donde ha podido intervenir, si hubiese sido necesario, frente al conato de ataque partido de Libia.

Giscard d'Estaing y Helmut Schmidt.

En Washington, la decisión francesa ha sido acogida con horror y frío. En los años sesenta y antes, Francia era el país occidental más impopular en los Estados Unidos. Se contaban en los periódicos, con alegría imbécil, pequeñas anécdotas: como la de un conductor de taxi que no había querido llevar al aeropuerto a un pasajero que le confesó que se dirigía a París: "Mi taxi no contribuye a que nadie viaje a países comunistas". Leon Uris, el novelista sionista, publicó un libro de política ficción en el que resultaba que De Gaulle estaba al frente de una conspiración comunista para ocupar el mundo. La reacción antifrancesa es, ahora, más moderada. Dentro de la histeria de guerra fría producida a partir de la "conversión" de Carter hay considerables llamamientos a la moderación. El país comienza a sentir una incomodidad de situación: medidas como la de apertura del registro para el servicio militar obligatorio empiezan a inquietar. La denuncia de maniobra electoral va surtiendo su efecto. El boicot a los Juegos Olímpicos está siendo considerado como una imbecilidad y la crisis como artificial.

Nada de ello va a impedir que la vía guerrera que ha emprendido Carter se detenga. Es demasiado tarde para él; no puede enfocar otra conversión cuando faltan muy pocos meses para la convención de su partido que ha de convertirle en candidato oficial para la reelección, y muy poco más para las elecciones de Presidente. El mecanismo que ha puesto en marcha no se puede paralizar de pronto sin dar sensación de derrota no ya de Carter, sino de los Estados Unidos, en cuyo nombre actúa. Para que algo así sucediese tendría que haber un cambio de actitud en la URSS. Pero tampoco parece fácil el cambio soviético. Podría estar en sus planes previos que su entrada y salida del Afganistán fuera cosa de días: no más que los que empleó China en su **castigo** al Vietnam. Las circunstancias de guerra civil en que está el país ocupado no la van a permitir esa posibilidad. No puede dejar un Gobierno satélite, que sería fácilmente desbordado. Los rebeldes reciben ayuda masiva de Pakistán y de China. Es posible que lo que estaba planeado como una operación relámpago necesite ahora meses, si no años: la vietnamización es muy posible. Podría decidirse a dar por perdido Afganistán y retirarse, pero quedarían más vivos que antes de la operación los motivos que ésta tuvo. Esto es, el islamismo de carácter iranio, la posibilidad de contagio de ese islamismo dentro de las fronteras de la URSS, en las zonas musulmanas, y si triunfase ese islamismo, un acuerdo con Irán y con Pakistán que supondría una grave amenaza para sus fronteras.

En política, y menos en política internacional, mezclada con sucesos militares que pueden probar el alcance real de circunstancias imprevistas, siempre es posible un cambio de actitudes, incluso espectaculares. Está demasiado reciente el caso de Sadat como para despreciar estas posibilidades, y las grandes potencias no están menos dispuestas que las menores a este tipo de cambio de circunstancias.

Lo que conviene para una circunstancia de crisis como la que se está viviendo es una presión en dos sentidos: el primero, que el conflicto se localice, se contenga dentro de su área geográfica y no se extienda al resto del mundo. El segundo, que las dos grandes potencias en cuyas manos está el desarrollo de ese conflicto negocien entre sí y lleguen a resultados prácticos y valiosos para las dos. Esta fue la vía de la solución de la crisis de Cuba, que, después de llegar a un punto máximo de tensión, produjo también el máximo punto de acuerdo —y de tesis de coexistencia— entre los dos países. Son esperanzas difíciles si se tiene en cuenta que cada vez es más difícil aislar determinadas áreas porque el mundo se intercomunica más y más —por la economía, por la información, por la interdependencia— y que la creación de la tensión se caracteriza por la ruptura de negociaciones de las partes contendientes.

Lo que convendría, desde el punto de vista de los otros países, aliados unos de la URSS y otros de Estados Unidos, es que tensión o **détente** fueran producto de las relaciones directas de esos países que arrastran a los demás a situaciones que no les corresponden ni desean. En ese sentido tiene más importancia que nunca la Conferencia de Madrid, fijada para noviembre, en la que participarán todos los países europeos, más las dos grandes potencias, en los temas de cooperación y de seguridad. Es decir, una reunión institucionalizada, desbordando el cuadro militar de la OTAN y del Pacto de Varsovia, en la que los temas de paz y de guerra y las bases para el entendimiento sean discutidas por todos, votadas por todos, decididas por todos. ■